compartim
REVISTA DE FORMACIÓ DEL PROFESSORAT

RFP N.4 (2009) | ISSN 1887-6250

ARTÍCULO

Convivencia, conflictos, aprendizaje emocional y competencia social… en una isla

María E. Martínez Iglesias. IES Llombai de Burriana

Octubre 2009

Que quede claro de antemano: yo doy clase de ética en 4º de ESO. Y claro, estas cosas de la convivencia, el respeto al otro, la tolerancia… salen en el temario. Así que, pensando en un material para poder compartir, se me ocurrió un clásico que a veces hago leer a los alumnos: *El señor de las moscas* (William Holding, 1949). Como es un clásico y el autor se llevó incluso un Nobel de literatura, no hace falta que diga lo bien escrito que está, lo interesantes que son las exhaustivas descripciones, la pertinencia de la moraleja que deja entrever… Ese trabajo ya está hecho con la fama que precede al material. Yo simplemente lo corroboro. Y hago una advertencia: la lectura no siempre es fácil para unos alumnos poco acostumbrados a ese ejercicio, por lo que se hace necesario el acompañamiento para que descubran toda la riqueza contenida en el texto. Es bueno, por tanto, que vayamos comentando en clase distintas escenas al mismo ritmo de su lectura.

La historia es tan interesante que hay de ella muchas ediciones e incluso se ha adaptado, sin mucho éxito, al cine. La primera versión que conocemos es la película inglesa *Lord of the Flies* de Peter Brook en 1963, en blanco y negro, relativamente fiel a la novela, aunque ya sabemos que conseguir eso es difícil. La segunda versión, ya en color, es una película americana de 1990 dirigida por Harry Hook que nos parece poco recomendable ver antes de leer el libro, pues cambia el carácter de los personajes, llevando luego a equívocos, e introduce incluso a un adulto entre los niños. No dejemos, por tanto, caer a nuestros alumnos en la tentación de conseguir la película –algo tan fácil en estos tiempos- y ver la historia a través de ella en lugar de disfrutar de la lectura.

Golding, al componer este libro, acababa de sufrir la 2ª Guerra Mundial. Había visto los bombardeos a civiles en su país y conocía los graves atentados a los derechos humanos perpetrados a miles de personas en esos años, desde los campos de concentración hasta las bombas de Hiroshima y Nagasaki. Acababa de experimentar hasta dónde somos capaces de llegar los humanos, como en un horrible espejo. Vio las víctimas, el hambre, la destrucción, las vidas rotas, las personas sin hogar… los resultados de una horrible confrontación que asoló nuestro continente a mediados del pasado siglo.

A veces la ética es difícil de fundamentar, cuesta encontrar un principio objetivo en el que apoyarse al defender los Derechos Humanos, cuesta ponerse de acuerdo sobre un principio indiscutible y común. Las razones y argumentaciones pueden ser más o menos convincentes pero, como nos recuerda Victoria Camps (*Virtudes Públicas,* 1990) lo que resulta evidente es que, al ver el mal,

todos estamos de acuerdo en que está mal, porque lo más humano que llevamos dentro se remueve y nos avisa cuando se falta a la dignidad de las personas. Es difícil definir el bien, pero a veces resulta tremendamente obvio describir lo que no se debe hacer: cuando lo has visto.

Como decíamos, nuestro autor vive un montón de atrocidades en su entorno inmediato y comparte con sus conciudadanos la percepción de que se trata de algo negativo que no debería repetirse. Y seguramente se hace la misma pregunta que se haría cualquiera: ¿Por qué? ¿Hasta dónde somos capaces de llegar? ¿Qué hay en los humanos que les impulsa a hacer semejantes cosas? Por eso, probablemente esta novela sea, en ese sentido, un experimento para indagar en la respuesta, para investigar a sus personajes haciendo, a través de ellos, un análisis moral de la condición humana.

En el libro, un grupo de niños inocentes, en lucha por su supervivencia, fuera del control de los adultos y sin más normas que las que ellos mismos se dictan, se ensartan en luchas de poder, en la discriminación de sus semejantes, en la envidia, en la violencia… El argumento se sitúa en plena guerra, cuando un avión cargado de niños es derribado y éstos caen a una isla desierta, sobreviviendo sin ningún adulto, y debiendo organizarse para pedir rescate. Se establecerán roles entre ellos, se propondrán normas y tareas necesarias, y se producirá una convivencia llena de problemas en un grupo que no se ha juntado por afinidades sino por necesidad, y en el que cada uno quiere mantener su autonomía.

En forma de relato, nos aparece así una reflexión muy completa sobre una serie de temas que vamos a resaltar a continuación. La idea que sugerimos es aprovechar la historia para hacer en clase una reflexión sobre esas cuestiones éticas, por medio de preguntas directas que los alumnos deben responder, o por medio del diálogo en el aula. Y eso porque partir de una historia como ejemplo hace siempre mucho más fácil la visión crítica que la exposición de ideas abstractas.

Convivencia y competencia social

Los niños están solos y juntos en la isla. Tienen que sobrevivir con el esfuerzo común, pero no siempre ponen todos la misma ilusión, ni colaboran en la misma medida. Surgen tensiones a la hora de establecer el liderazgo del grupo y a la hora de repartir las tareas. Las distintas capacidades e intereses, e incluso la envidia, marcarán conflictos a veces muy graves.

Las tareas que deberían ser comunes son realizadas sólo por unos pocos, cansados de trabajar al sol mientras los demás se bañan. Su sensación es que siempre trabajan los mismos, cuando el beneficio es para todos, y eso les genera situaciones de grave estrés.

Al principio, la suciedad y el desorden no les importan, resultan cómodos, pero llega un momento en que echan de menos la limpieza, la ropa nueva, el cepillo de dientes, un baño con jabón, cortarse el pelo, una cama en condiciones… Son seres civilizados, no animales salvajes. Ese no es su medio natural. Los pequeños no tienen sentido del orden, pero los mayores se dan cuenta de que no se puede vivir si cada uno va haciendo sus necesidades donde quiere, si no se recoge agua en recipientes para beber o si no se tienen refugios adecuados para pasar la noche. Y para conseguirlo es necesaria la colaboración de todos.

Acoso

Fuera del control de las normas del mundo civilizado, llegan a olvidar la educación y la cortesía. Además, podemos ver la crueldad de los niños con los que son diferentes, con el que es gordito o tiene gafas, con el miedo de los más pequeños, llegando a la burla abierta, seguros de que nadie les va a reprender.

El gordo con gafas que habla de otra manera no es uno de los nuestros, es ajeno, no puede ser acogido dentro de la élite de los

importantes. No es sujeto, sino objeto de los desprecios y agresiones que sobre él quieran proyectar. Se le puede golpear y se pueden utilizar sus cosas sin permiso porque no tiene la misma dignidad, no es un semejante.

Conductas de agresividad

No son niños violentos. Al principio son incapaces incluso de matar animales por no ver la sangre. La muerte es algo que siempre impone, les asusta. El problema es que, una vez que ya has matado, el miedo desaparece y clavar la navaja en carne viva se convierte en una prueba de valentía y superioridad… incluso de dominación sobre los otros. Les excita la sangre de los animales heridos cuando van de caza.

Incluso el empujar unos insectos sobre la arena hacia un agujero les causa una grata sensación de poder, de dominio de seres vivos, que resulta muy tentadora. ¿Estará en nuestra naturaleza la crueldad o es el poder lo que nos atrae, a costa de lo que sea?

Como las bandas urbanas de nuestros días, revestidas de una indumentaria que les permite refugiarse en el grupo y despersonalizar toda culpa, los niños de la novela se disfrazarán con pinturas de guerra e iniciarán una danza de imitación de la caza que les ayuda a evadirse de la insufrible tensión que experimentan. Ya no son ellos, es la danza que pide sangre, un cordero sacrificial que pague por el mal que han recibido. Cuando éste aparece, no dudan en ensañarse de la manera más violenta sin pararse siquiera a reflexionar en qué tipo de ser es ése al que están descuartizando. Se trata, para ellos, del monstruo ideado por su discurso, como en los campos de fútbol o en los linchamientos de corte racista. No están matando a una persona, están descargando la ira proyectada en un *cabeza de turco*. Se huele la sangre y sienten hacia ella un "*deseo denso, urgente, ciego".* El problema es cuando, acabada la pelea, los muertos resultan ser personas. Si eres capaz de percibir eso, de ver que es un asesinato, los remordimientos ante semejante barbarie son ineludibles.

Pero algunos se darán cuenta del poder que la violencia les proporciona, por la superioridad que tienen sobre los agredidos, hasta el punto de no querer salir de la isla, donde las normas puede imponerlas el más fuerte, sin control de ningún tipo. Así, el rescate deja de ser prioritario. El nuevo jefe sostendrá su poder sobre la amenaza y el castigo físico, e incluso la muerte de algún inocente, para mantener acobardados a todos bajo su autoridad.

Disciplina

Para ellos todo es un juego, incluso poner orden, así que hacen asambleas y deciden que hay que pedir la palabra, como en el colegio, con una caracola. Incluso votarán un jefe, y tomarán decisiones conjuntas, y decidirán que es necesario poner un montón de normas, aunque casi nunca se respetan, o incluso son cambiadas por el más fuerte a su conveniencia. No hay nadie con la suficiente autoridad como para imponer disciplina.

Los pequeños atienden la llamada de la caracola, que es la única conexión con el mundo de autoridad adulta que tienen interiorizada. Un mundo que era opresor, pero que también les daba una seguridad de la que ahora carecen. Las personas necesitamos normas para poder sobrevivir, para sentirnos seguros, para creer que se hará justicia.

El tabú de la antigua existencia aún coarta comportamientos apetecibles como tirar piedras a un niño de corta edad: "*alrededor del niño en cuclillas aleteaba la protección de los padres y el colegio, de la policía y la ley. El brazo de Roger estaba condicionado por una civilización que no sabía nada de él y estaba en ruinas*".

Mientras el líder que han votado insiste en que las reglas son lo único que tienen para poder sobrevivir, lo único que les mantiene diferentes a los animales, la única huella de civilización, y hay que mantenerlas, su rival

pretende imponer la fuerza bruta: Si podemos conseguir las cosas a golpes no necesitamos reglas. *"¿Qué es mejor, tener reglas y estar todos de acuerdo o cazar y matar?".*

Aprendizaje emocional

Tienen que hacer frente al miedo a un entorno desconocido, salir adelante por sí mismos, aprender a convivir, a trabajar en grupo, a comer frutos y animales que cacen, a refugiarse de la lluvia… Todo es nuevo y han de madurar muy deprisa, sin acompañamiento y sin consejos de los adultos.

A veces rompen violentamente los castillos de arena que los pequeños han hecho sin importarles que estuvieran jugando en ellos pero, aunque no haya ningún adulto para reñirles por su conducta, sienten remordimientos. Han interiorizado de tal manera el respeto al otro que no es necesaria la valoración externa para que distingan lo que está bien o mal.

En otro orden de cosas, hablar en la asamblea requiere valor, estarán todos escuchando y mirándote, pero es una de las cosas que se exigen en una sociedad democrática como la que han establecido. Si todo se decide en asamblea, hay que participar en ella dejando de lado la timidez.

Y, cuando por fin son rescatados y ven inmediata su vuelta a la civilización, el único que había mantenido el sentido común en medio de la barbarie, *"lloró por la pérdida de la inocencia y las tinieblas del corazón del hombre".*

Una completa reflexión, por tanto, sobre la agresividad y los instintos básicos. Sin embargo, la cuestión no queda resuelta. ¿Somos como el buen salvaje de Rousseau o, como dice Hobbes, "el hombre es un lobo para el hombre"? ¿Quizá hay de todo? ¿Qué hace falta para que salgan a la luz nuestros peores instintos?

Creemos que éstas son buenas pistas para un debate que investigue caminos de respuesta, convencidos como estamos de que, en este tipo de cuestiones, no valen las soluciones preestablecidas sino la búsqueda personal, el debate de ideas, la investigación de distintas posibilidades… Como ayuda a esa tarea, creemos que este interesante libro es una buena herramienta y, en ese convencimiento, lo hemos querido proponer.

Palabras clave: ética, cine.

Cita recomendada

MARTÍNEZ IGLESIAS, M.E. *Convivencia, conflictos, aprendizaje emocional y competencia social… en una isla . En: COMPARTIM: Revista de Formació del Professorat.* Nº 4. (Ejemplar dedicado a: Convivencia escolar) [Fecha de consulta: dd/mm/aa]
<http://cefire.edu.gva.es/sfp/revistacompartim/arts4/24_opi_conflictos_isla.pdf>
ISSN 1887-6250

Esta obra está bajo la licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España de Creative Commons. Así pues, se permite la copia, distribución y comunicación pública siempre y cuando se cite el autor de esta obra y la fuente (COMPARTIM: Revista de Formació del Professorat) y el uso concreto no tenga finalidad comercial. No se pueden hacer usos comerciales ni obras derivadas.
La licencia completa se puede consultar en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/>

Sobre la autora

María E. Martínez Iglesias.

IES Llombai
Cm. Llombai, s/n.
12530 - BORRIANA
Telèfon:964591532
Fax:964577120
E-mail: 12003328@edu.gva.es